

**3970 PASTOR CARLOS STAHL**  
**ISAÍAS 33: DIOS ES FUEGO CONSUMIDOR**  
**MIÉRCOLES 15 DE JULIO, 2026**



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO  
**Vida Cristiana**  
GUATEMALA

Oficina: 15 Calle 3-37 Zona 10, Guatemala, Guatemala Tels.: 2363-6231 y 2337-4206  
Templo: 15 Calle 3-48 Zona 10  
[www.vidacristiana.org.gt](http://www.vidacristiana.org.gt) / [info@vidacristiana.org.gt](mailto:info@vidacristiana.org.gt)

**3970 PASTOR CARLOS STAHL**  
**ISAÍAS 33: DIOS ES FUEGO CONSUMIDOR**  
**MIÉRCOLES 15 DE JULIO, 2026**

Amén. Amén. Bueno, nuevamente, bienvenidos. Vamos a seguir nuestro estudio del libro de Isaías y hoy nos toca el capítulo treinta y tres. Y aquí vamos a encontrarnos con un principio de esos maravillosos, fuera de este mundo. Amén y amén. Así es que vamos a estar en Isaías treinta y tres. Y ya estamos allí. Podemos comenzar. Yo lo tengo dividido de esta manera: Isaías treinta y tres, del uno al trece, eso es lo primero; luego, Isaías treinta y tres, catorce; luego, Isaías —y vamos a hacer bien el tres ahí— treinta y tres, del quince al diecisiete; y luego, Isaías treinta y tres, del diechocho al veinticuatro. Esas son las... divisiones, digamos, de los conceptos que vamos a encontrar acá. Pero aquí todo está más o menos... concatenado. Muy bien, entonces empecemos con Isaías treinta y tres, verso uno. Y ya saben la historia. ¿Se acuerdan de la famosa historia de cómo los asirios estaban buscando, tenían un asedio alrededor de Jerusalén y estaban buscando destruirla? Ahora, esto felizmente les tomó en tiempos de un rey piadoso que trajo... En la Biblia solo hay registro de dos ocasiones en las que podemos ver un auténtico avivamiento, sí, que no duró mucho tampoco: uno fue en tiempos del rey Ezequías y el otro fue en tiempos del rey Josías. Pues este problema con los asirios sucedió precisamente en tiempos del rey Ezequías, y él supo buscar a Dios y Dios les dio la victoria. Amén. No hemos repasado esa historia, solo la hemos mencionado porque dentro de un par de capítulos toda esa historia va a estar narrada en el libro de Isaías. La misma historia que tenemos en Reyes, en Crónicas. Así es que sigamos acá con nuestro texto: Isaías treinta y tres, verso uno. Una de las cosas importantes de los profetas, especialmente de Isaías, es que uno tiene que saber en qué momento le está hablando a quiénes, ¿verdad? Si no, vamos a atribuirle las palabras de Isaías a Israel y le está hablando a los asirios, o vamos a creer que le está hablando a los asirios y le está hablando a Israel, ¿verdad? Muy bien. ¿Ahorita le está hablando a los asirios o está hablando de los asirios?

Isaías treinta y tres, verso uno: «¡Ay de ti, que saqueas, y nunca fuiste saqueado; que haces deslealtad, bien que nadie contra ti la hizo! Cuando acabes de saquear, serás tú saqueado; y cuando acabes de hacer deslealtad, se hará contra ti». Tremendo, ¿verdad? Qué mensaje más claro. Y ¿se acuerdan? Job nos enseña que Dios trata con las naciones de la misma manera como trata con los individuos y viceversa. Así es que esto pasa lo mismo con los individuos, ¿verdad? Si son personas que se aprovechan de alguien más sin ningún motivo, y aunque... aunque lo haya en el sentido de «es que él me provocó», de todos modos, no tenemos excusa, pero es peor cuando ni siquiera hay tal cosa como que la otra persona tiró la primera piedra, ¿verdad? Entonces eso es lo que hicieron los asirios y es lo que hace mucha gente, y todas esas cosas Dios las ve y no se quedan sin su justa retribución. Amén. Así es que está hablando de los asirios.

Entonces viene Isaías y dice: «Oh Jehová, ten misericordia de nosotros, a ti hemos esperado; tú, brazo de ellos en la mañana, sé también nuestra salvación en tiempo de la tribulación». Ahora, ¿por qué el profeta le llama brazo de los asirios al Señor, aunque Dios los estaba

ayudando? ¿Qué creen? Dios los estaba ayudando porque Dios estaba listo para darle una lección a la nación de Israel. E Isaías sabía que los asirios solo eran un instrumento en manos de Dios, sí. Y nuevamente, cuando veamos la historia del rey Ezequías, van a ver cómo él se humilló, el pueblo se humilló, buscaron a Dios y Dios les dio la victoria. Pero Ezequías tiene que haber sabido —pues tenía a Isaías por asesor espiritual, ¿verdad?— que es Dios el que había levantado a los asirios porque estaba llamando la atención de, en este caso, de Judá y de Jerusalén. Y ¿a los asirios? Yo creo que a estas alturas ya los asirios habían conquistado y destruido la ciudad de Samaria y desperdigado a los... las diez tribus del norte. Pero ahora Dios estaba dándole un ultimátum a Jerusalén, y... y viene Isaías y dice: «Señor, aunque tú los estés usando y te estés valiendo de ellos, porque tus juicios son justos y nosotros obviamente lo necesitamos, Señor... sabemos que tú también eres salvación para nosotros, ¿verdad?, en tiempo de la tribulación». Amén, amén.

Ok, versículo tres: «Los pueblos huyeron a la voz del estruendo; las naciones fueron esparcidas al levantarte tú». Y aquí está hablando de cuando Dios viene a nuestro rescate. «Sus despojos serán recogidos como cuando recogen orugas; correrán sobre ellos como de una a otra parte corren las langostas. Será exaltado Jehová, el cual mora en las alturas; llenó a Sion de juicio y de justicia». Ahora miren aquí, otra vez está extrapolando esto a lo que va a ocurrir en los días en los que Jesucristo va a reinar. Porque en el verso... seis dice: «Y reinarán en tus tiempos la sabiduría y la ciencia, y abundancia de salvación; el temor de Jehová será su tesoro». Amén. Eso no ha sido cierto, que Dios los libró de los asirios. ¿Pero qué creen? La ciudad de Jerusalén, la tribu de Judá, siguieron dándole la espalda a Dios, alejándose cada vez más de Dios. Y unos años después vinieron ahora los caldeos y los caldeos, sí, definitivamente destruyeron Jerusalén y desperdigaron a los... a los de Judá; se llevaron cautivos a una gran cantidad de personas. Pero en un futuro no muy lejano va a ocurrir lo mismo. Ya hemos discutido esto, lo hemos refrescado.

La ciudad de Jerusalén va a ser engrandecida porque allí va a poner su trono el anticristo. Todo esto está en la Biblia. Amén. Y al mismo tiempo, el anticristo va a ser engrandecido porque está reinando desde la ciudad de Jerusalén. Jerusalén es esa grande ciudad que en sentido espiritual se llama Sodoma y Egipto, en donde también crucificaron a nuestro Señor. A Él no lo crucificaron en Roma. A Él no lo crucificaron en ningún otro lado más que en Jerusalén. Amén. Ok. Entonces, al final... interesantemente, increíblemente, pero no es de extrañar, el anticristo se habrá servido de la ciudad de Jerusalén para sus propósitos. Y entonces, ya casi al final de la gran tribulación, él mismo va a hacer que se levanten los reyes de la tierra y vengán a destruir la ciudad de Jerusalén, y la van a poner en fuego. Igual todo eso está en el libro de Apocalipsis, porque Dios tiene que juzgar la tierra; va a juzgar a la nación de Israel, y lo... la última atrocidad espiritual, digamos, que van a cometer es... es aceptar al anticristo como su Mesías. Sí. Entonces, la misma historia: el Señor, el Señor Jesucristo va a manifestarse, va a venir desde los cielos, va a destruir al anticristo, al dragón, a todos sus ejércitos. Y aquí es donde dice el verso cinco: «Será exaltado Jehová, el cual mora en las alturas». Pero en esta última ocasión es porque el Señor Jesús va a venir visiblemente a esta tierra; llenó a Sion de juicio y de justicia, y reinarán en sus tiempos, cuando Cristo esté

reinando aquí en la tierra, la sabiduría, la ciencia y abundancia de salvación; el temor de Jehová será su tesoro. Amén.

Ok, entonces miren el verso siete aquí: retoma el tema anterior y dice: «He aquí que sus embajadores darán voces afuera; los mensajeros de paz llorarán amargamente». ¿Embajadores? ¿Y qué? ¿Mensajeros de paz? Está hablando de los mensajeros que enviaron los habitantes de Jerusalén a Egipto en busca de ayuda. Los... de hecho, déjenme ver en... en la Biblia King James ni siquiera dice embajadores, dice: «He aquí que sus valientes van a llorar, o a clamar, o a dar voces, y los embajadores de paz van a llorar amargamente». Estos son primero los que fueron a buscar ayuda a Egipto, mandados por la ciudad de Jerusalén; luego, los que fueron a negociar con los asirios porque los asirios llegaron hasta el muro de Jerusalén, y ahí, eh, eh, pues se hablaron... vamos a verlo cuando veamos la historia, ¿verdad? Pero de eso está hablando: los... los valientes y los embajadores, dice, van a llorar; o sea, no van a conseguir nada. Negociar con los asirios, imposible. Y muchas veces decimos: «Vamos a negociar con cualquiera que sea el enemigo», ¿verdad? Sí, con la carne. Trate de negociar con su propia carne, vamos a ver si, vamos a ver quién gana al final; o buscar negociar con el mundo y su sistema, tratando de buscar un punto medio en donde todos estemos de acuerdo. Eso no va a ocurrir. Amén. Entonces, muy bien, estamos... seguimos ubicados. Okay, perfecto. Entonces dice el verso ocho: «Las calzadas están deshechas, cesaron los caminantes; ha anulado el pacto, aborreció las ciudades, tuvo en nada a los hombres». Esta es la respuesta de los asirios. Los israelitas dicen: «Los valientes lloraron, los embajadores de paz lloraron amargamente, trataron de negociar, trataron de... de entrar en algún tipo de componendas, no lograron absolutamente nada. Buscaron ayuda de los egipcios, no lograron nada; buscaron negociar con los asirios, no lograron gran cosa». Y dice: «Las calzadas están deshechas». O sea, van a venir... los asirios ya estaban, ya habían tomado algunas de las ciudades de Judá y estaban por acorralar a la ciudad de Jerusalén. Entonces las calzadas están deshechas, cesaron los caminantes, nadie entra ni sale a causa del asedio, ¿verdad? «Ha anulado el pacto, aborreció las ciudades, tuvo en nada a los hombres». No hay manera de negociar con... con el enemigo. Versículo nueve dice: «Se enlutó, enfermó la tierra; el Líbano se avergonzó y fue cortado; Sarón se ha vuelto como desierto, y Basán y el Carmelo fueron sacudidos» otra vez por causa del asedio de los enemigos. Y esto se va a volver a repetir, y muchas veces leemos los mismos... las mismas expresiones cuando sea el tiempo de la gran tribulación. Muy bien.

Ahora, verso diez dice: «Ahora me levantaré, dice Jehová; ahora seré exaltado, ahora seré engrandecido». Y es cuando clamaron a Dios, y Dios los ayudó. Dice... ahora le está hablando, está refiriéndose a los asirios otra vez: «Concebisteis hojarascas, rastrojo daréis a luz; el soplo de vuestro fuego os consumirá». O sea, ustedes van a morir por sus propias trampas, trucos, armas. Y dice: «Y los pueblos serán como cal quemada; como espinos cortados serán quemados con fuego». Este es Dios cuando se levanta y viene en auxilio de los suyos, y viene con sus justos juicios en contra de los que se levantan en contra del Señor y su gente, ¿verdad? Y dice: «Y los pueblos serán como cal quemada, como espinos cortados, serán quemados con fuego». Okay. «Oíd, los que estáis lejos, lo que he hecho; y vosotros, los que estáis cerca, conoced mi poder». Amén. Bueno, así es que, tremendo.

Ahora vean el verso catorce: «Los pecadores se asombraron en Sion, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?». El Señor está lidiando con diferentes clases de personas acá. Está lidiando con los asirios, que son definitivamente enemigos, enemigos de Dios, enemigos de su pueblo. Pero también el Señor trae un mensaje a los hipócritas: «Los pecadores se asombraron en Sion, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?». Entonces, Dios... Dios es fuego consumidor. Esa es su naturaleza. Sí, el fuego consumidor está listo para trabajar con los asirios y, por supuesto, consumirlos, porque no hay nada de Dios en ellos. Pero el fuego consumidor está listo también para consumir a los hipócritas y a los pecadores en Sion, como dice acá. No importa la apariencia. El Señor no nos juzga en base a las apariencias, a lo que ven los ojos naturales, a lo que hay en los oídos físicos. Amén. El Señor nos juzga en base a la realidad que tenemos dentro. Sí, ok. Pero este mismo fuego que Dios usa para juzgar todo aquello que es contrario a Él, ¿verdad?, este mismo fuego es el fuego que Dios usa para refinar y purificar todo aquello que sí es como Él. Amén. Entonces, en Sion había pecadores y había hipócritas, palabras aquí de Isaías. Pero había gente piadosa también. Entonces dice: «¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?». O sea, cuando se manifieste el fuego consumidor de Dios, ¿claro?, ¿quiénes se van a sentir en casa, y a gusto, y confortables con ese fuego, y quiénes van a ser consumidos? Es el mismo fuego. Amén. Así como en lo natural, el fuego quema la leña, el papel y todas las cosas combustibles, ese mismo fuego refina los metales, los hace cada vez más puros, separa las impurezas del metal para que quede solo el metal, y después de que sea tocado con el fuego, el metal sea todavía más valioso. Amén. Es el mismo fuego. Esta tierra va a ser quemada con fuego. ¿Qué clase de fuego va a quemar esta tierra? El mismo fuego que ha trabajado en nosotros desde el día que Cristo llegó a nuestro corazón y nos ha ido transformando, y nos ha ido purificando, y nos ha ido santificando. Es el mismo fuego. Amén. Okay, muy bien.

Pero, ¿quiénes van a estar a gusto, confortables y se van a sentir felices y dichosos con el fuego? Ahora hagamos... tracemos un poco antes de leer esta parte de Isaías. Tracemos un poco esta cosa. Vámonos a Hebreos, capítulo doce, verso veinticinco. Hebreos doce veinticinco. Miren, la gente se va a enfrentar con el fuego de Dios tarde o temprano. Todos. Amén. Hebreos doce, veinticinco y veintinueve. Algunos de nosotros vamos a estar felices en casa y gritando alabanzas y danzando. Amén. Otros van a sufrir pérdida, y es el mismo fuego. Es el mismo fuego. Ahora, ¿es malo el fuego? ¿Dónde está el problema? No está en el fuego; está en la naturaleza que le estamos acercando al fuego. No, amén. Ok. Hebreos, capítulo doce, versos del veinticinco al veintinueve, dice: «Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonesta en la tierra, mucho menos nosotros si desecháremos al que amonesta desde los cielos. La voz del cual conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido, diciendo: Aún una vez, y conmovaré no solamente la tierra, sino también el cielo. Y esta frase: Aún una vez, indica la remoción de las cosas movibles, como cosas hechas, para que queden las inmovibles. Así que, recibiendo nosotros un reino inmovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor». Cuando el

fuego consumidor se manifiesta, las cosas que son, como dice él, las cosas movibles... dice, las cosas movibles o las naturales temporales son las que sufren, son las que padecen, sí, son las que se desvanecen; pero las cosas incommovibles son las que permanecen para siempre. Amén. Así es que el fuego, el fuego viene de muchas formas. Estamos acostumbrados al término «el fuego de las pruebas». Pues también es cierto. Amén. Pero Dios tiene que estar detrás con su fuego. ¿Por qué? ¿Qué está tratando Dios de hacer? Está tratando de separarnos de todo aquello que no es incommovible. Está tratando de librarnos de todo aquello que es combustible, porque no tiene en nada la naturaleza santa, ardiente y maravillosa del fuego. Amén. Así es que cuando salimos de una prueba, por regla general salimos más livianitos, porque el Señor, en medio de la prueba, nos separa de más cosas de las que quería separarnos. Sí. Ok. Bueno, sigamos.

Vámonos a Primera de Pedro cuatro, verso doce. Primera de Pedro cuatro doce. Mmm. Y allí leemos, del doce al diecinueve, dice: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría». ¿Saben por qué? Porque cuando se manifieste Cristo, y el fuego de las pruebas... habrá quemado todo lo que es contrario a Cristo en nosotros, ¿verdad? Dice: «Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos él es blasmedado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello. Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador? De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien», y regocíjense, y entiendan que el fuego de las pruebas lo único que está haciendo es refinándonos más, limpiándonos más, separándonos más de toda esa escoria que hay en nuestra vieja naturaleza, en nuestra mente carnal. Amén. Así es que el fuego viene de muchas maneras. Por regla general, viene a través de pruebas. Pero el fuego de las pruebas tiene una intención muy buena, muy santa y muy pura delante de Dios. Amén. Y por eso dice, dice: «Es tiempo que el juicio comience por la casa de Dios». ¿Por qué? Porque ahí el fuego, del lado de la misericordia, está juzgando nuestra carne. ¿Cómo? Bueno, precisamente haciéndonos pasar por situaciones que nos ayudan a librarnos de aquello. Amén. Pero dice este: «Si el justo con dificultad se salva...» o con trabajo, o sea, es trabajo, dice: «¿en dónde aparecerá el impío y el pecador?». La cosa es que el justo es expuesto al fuego y es santificado todavía más, amén, porque está expuesto al fuego todavía en este tiempo en donde podemos ir al Señor y decirle: «Ya me vi. Gracias, Señor. Ahora sí, esta parte de mi vida tú no la quieres, yo tampoco la quiero, te la entrego. Te entrego esto, te rindo aquello, te rindo lo otro. Apártame de todo eso, Señor». Amén. Y nos levantamos y seguimos caminando. Pero el impío y el pecador también van a estar delante del fuego consumidor y de las llamas eternas en su momento, amén. Nada más que cuando esto ocurra, ya el tiempo habrá terminado y ya no va a haber oportunidad para confesar, para rendir, para arrepentirse. Amén. Okay, muy bien. Entonces, aquí tienen. Miren el verso

diecinueve, qué importante: «De modo que los que padecen según la voluntad de Dios...». Es que no puede ser voluntad de Dios que me esté pasando esto. ¿Quién dice? Esos mensajes de la prosperidad... ¿ven cuán incompletos son, incompletos somos? Sí. Okay, muy bien.

Ahora, miren esta historia. Esta cita la sacan de Ezequiel, si quieren... déjenme ver. Sí, vámonos a Ezequiel. Ezequiel, capítulo ocho. Ezequiel, capítulo ocho. Ya saben ustedes que Dios les mandó uno tras otro, profeta tras profeta, a los... a su pueblo, a Israel, para amonestarlos de día y de noche: «Vuélvanse a mí», ¿verdad? Y si no se vuelven a mí... Dios, desde que les dio su ley moral, desde el libro de Deuteronomio, desde el libro del Éxodo, les había dicho: «Si se alejan de mí, si me dan la espalda, se abrazan a otros dioses, entonces ustedes tarde o temprano van a ser tomados cautivos por las naciones cuyos dioses ustedes estén abrazando, y van a ser esparcidos por entre las naciones de la tierra». Desde que estaban en el monte de Sinaí, Dios les dijo que les iba a pasar eso. Amén. Bueno, siglos después... y los tenemos haciendo exactamente lo que Dios les dijo que no hicieran. Y vemos el resultado: está pasando exactamente lo que Dios dijo que iba a pasar. Tremendo, ¿verdad? Sí. Por eso por allá en el Nuevo Testamento dice: «Miren, no crean que el Señor no va a venir como algunos que creen que el Señor está retardando su venida, ¿verdad?». Si es que ya pasaron dos mil años y desde que escribieron el Nuevo Testamento estamos esperando que el Señor Jesucristo venga. Bueno, Él tiene paciencia, pero eso no quiere decir que no va a venir. Amén. Okay, muy bien. Entonces, Ezequiel, capítulo ocho. Y acá, acá Dios le dio a Ezequiel una visión tremendísima. Pero acá en el libro de Ezequiel, ya los israelitas fueron tomados cautivos por los babilonios. Se acuerdan que Ezequiel... hubo tres momentos en donde tomaron grupos de gente y se los llevaron a Babilonia. Por eso pasan cosas como, por ejemplo, Ezequiel ya estaba en Babilonia, pero el Señor lo agarró de las guedejas del cabello, sí... o sea, se lo llevó a Jerusalén. Yo no sé si con todo y cuerpo o sin cuerpo, pero no crean que Dios no sigue haciendo esas cosas. Amén. Él estaba en Babilonia y Dios se lo llevó a Jerusalén y le enseñó lo que la gente que todavía estaba en Jerusalén, que no había sido tomada cautiva o matada o dejada, estaba haciendo. Se acuerdan, por ejemplo, de Jeremías: a él le tocó la tercera y última vez en la que se llevaron a los cautivos y finalmente pusieron a fuego y destruyeron el templo y la ciudad. A Jeremías le tocó ese momento; a Ezequiel, como les digo, se fue en uno de esos primeros cautiverios, y en visiones Dios se lo llevó a Jerusalén a ver lo que estaban haciendo. Entonces leamos Ezequiel, capítulo ocho, verso cinco... bueno, sí, sí, en el verso... en el verso tres dice, a la mitad del verso, dice: «Y me llevó en visiones de Dios», ¿verdad?, dice el verso tres, «y aquella figura extendió la mano y me tomó por las guedejas de mi cabeza». Por cierto, esa palabra guedejas es *zizit*. ¿Se acuerdan que los israelitas se hacían orlas en el borde de su manto y se llamaban *zizit*? ¿Se acuerdan de aquella mujer con flujo de sangre que se agarró del borde de los vestidos del Señor Jesús? En las Biblias hebreas dice claramente que se agarró de su... amén, o de estas... de estas orlas. Bueno, en el caso de Ezequiel, Ezequiel, este... las guedejas de su cabello se llaman *tzitzit*. Yo no sé si ya lo practicaban desde entonces hasta allí, no sé yo la historia, pero los judíos ortodoxos les llaman a estos, ¿verdad? Así es que si ya... si ya lo practicaban de esa manera, eso me dice a mí que Ezequiel era un judío ortodoxo. Interesante, ¿verdad? Okay, perdón. «Me tomó por las guedejas de mi cabeza, y el espíritu me alzó entre el cielo y la tierra y me llevó en visiones de Dios a Jerusalén». Y él fue a ver todo lo que estaba pasando allí. Vamos

a... Bueno, en el capítulo ocho él vio todas las imágenes que tenían levantadas en Jerusalén, las imágenes que tenían levantadas en el templo y lo que los sacerdotes que todavía estaban en Jerusalén hacían; y cómo en las cámaras que había alrededor del santuario tenían pintadas toda clase de imágenes, y cómo las mujeres le daban la espalda al Señor y adoraban a Tamuz, ¿verdad? Ese es el dios del sol, según recuerdo, algo así. Ok, o sea, adoraban al sol, etcétera. O sea, miren qué tremendo, verso diecisiete: «Y me dijo: ¿No has visto, hijo de hombre? ¿Es cosa liviana para la casa de Judá hacer las abominaciones que hacen aquí? Después que han llenado de maldad la tierra, se volvieron a mí para irritarme; he aquí que aplican el ramo a sus narices». Bueno, esa es una expresión un poco oscura, pero probablemente está hablando de brujería. Dice: «Pues también yo procederé con furor; no perdonaré mi ojo, ni tendré misericordia; y gritarán a mis oídos con gran voz, y no los oiré». Tremendo, ¿verdad? Ok, entonces eso nos lleva al capítulo nueve. Y en el capítulo nueve dice: «Clamó en mis oídos con gran voz, diciendo: Los verdugos de la ciudad han llegado, y cada uno trae en su mano un instrumento para destruir. Y he aquí que seis varones venían del camino de la puerta de arriba que mira hacia el norte, y cada uno traía en su mano su instrumento para destruir. Entre ellos había un varón vestido de lino, el cual traía a su cintura un tintero de escribano; y entrados, se pararon junto al altar de bronce. Y la gloria de Dios de Israel se elevó de encima del querubín sobre el cual había estado, al umbral de la casa». Eso lo hemos estudiado en el pasado, cómo la gloria de Dios empezó a retirarse, retirarse, retirarse del templo y de Israel, ¿verdad? «Y le dijo Jehová: Pasa por en medio de la ciudad, por en medio de Jerusalén, y ponles una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella. Y a los otros dijo, oyéndolo yo: Pasad por la ciudad en pos de él, y matad; no perdone vuestra mano, ni tengáis vuestro ojo... perdón, ni tengáis misericordia. Matad a viejos, jóvenes y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno; pero a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no os acercaréis; y comenzaréis por mi santuario». Eso es lo que está citando por allá Pedro en Primera de Pedro, y con los primeros que comenzó fue con los sacerdotes que tenían estas imágenes en el... en el templo y que estaban adorando dioses falsos en el templo del Señor, amén. «Comenzaréis por mi santuario». Tremendo, ¿verdad? Ok, entonces allí tienen. Es más o menos... o sea, todos los profetas están dando el mismísimo mensaje a la nación de Israel. Ahora vean cómo le pusieron una marca a aquellos que gemían a causa de las abominaciones que se hacían en el templo y en Jerusalén. ¿Ven cómo Isaías habla de los pecadores que están en Sion y de los hipócritas? Sí. Aquí tenemos nosotros una hipocresía total en los sacerdotes que todavía estaban en Jerusalén y tenían todas estas sus imágenes, ¿verdad? Tremendo. Así es que... y comenzaréis por mi santuario. Entonces Dios también andaba detrás de esos hipócritas, ¿verdad? Muy bien, este... mmm.

Vámonos a Primera de Corintios, capítulo tres. Esta es una cita que nos ha dado mucha, mucha luz a lo largo de los años. Primera de Corintios tres, verso once. Primera de Corintios tres once, amén, amén. Okay. Aquí, aquí entendemos a todo color esta cosa del fuego consumidor, ¿verdad? Dice: «Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; pues el día la declarará, porque por el fuego será revelada; y la obra de cada uno, cuál sea, el fuego la

probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó» porque era oro, plata y piedras preciosas, «recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego». Está hablando de personas que tienen la salvación. Pero hay una gran diferencia entre los que edifican cosas imperecederas, cosas eternas... dedican el resto de sus días, después de recibir el regalo gratuito de la salvación, a edificar la naturaleza de Cristo en ellos, sí, la verdad, la sabiduría, la inteligencia del Señor en sus vidas; pero hay otras personas que son salvas y nunca se dedican a edificar nada más allá de su salvación inicial, excepto cosas temporales, cosas vanas, cosas que no tienen ningún valor eterno. Todos vamos a estar delante del fuego consumidor y las llamas eternas. Entonces mucha gente vive engañada pensando que cuando nos vayamos de aquí a todos nos van a emparejar allá arriba. ¡No! El día que usted estaba en el colegio y le hicieron el examen final de alguna de las clases, no fue para emparejar a todo el mundo; fue para terminar de desemparejarlos, porque ahí se notaba quiénes sí y quiénes no. Amén. Eso es lo que va a pasar allá arriba. Amén. Okay. Entonces ven con claridad el concepto, ¿verdad? Dios es fuego consumidor. Punto. En nosotros está el dejarnos trabajar por ese fuego hoy, ahora, no resistirlo, no pelearnos cuando venga el fuego de las pruebas; darle gracias a Dios porque Él sabrá separarnos de todo lo que no es como Cristo en nuestra vida, amén. Ok, ese es el fuego que hoy nos es de beneficio, porque es el fuego del lado de la misericordia. Pero está el fuego... está el lado de la ira del fuego; es el mismo fuego, pero depende, como les digo, de las personas: si no hicieron absolutamente nada más que edificar o dedicar toda su vida, su tiempo, su energía a las cosas vanas, a las cosas temporales, todo eso se va a quemar, pues amén. Entonces no van a poder decirle al fuego: «¡Ay, qué malo eres, fuego!». Okay, muy bien.

Entonces regresemos a Isaías treinta y tres, verso quince. Recuerden que el Señor está... cuando manifiesta su fuego, está lidiando, está tratando con los asirios, los enemigos, ¿verdad?, aquello que definitivamente necesita ser juzgado y consumido. Ese es número uno. Número dos: está tratando con los pecadores que están en Sion y con los hipócritas, amén, porque el fuego va a manifestar su verdadera naturaleza. Y número tres: el fuego también va a evidenciar a aquellos que son justos y piadosos, y que han caminado, y que han edificado la estatura espiritual y la naturaleza de Cristo en sus vidas. Entonces dice Isaías treinta y tres, catorce, a la mitad del versículo, dice: «¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?». El que camina en justicia y habla lo recto, el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias, el que cierra sus ojos para no ver cosa mala, éste habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan y sus aguas serán seguras. Tus ojos verán al rey en su hermosura, verán la tierra que está lejos. Esta es la gente que edificó oro, plata y piedras preciosas. Cuando el fuego los alcanza, miren lo que el fuego encuentra. Dice... encuentra gente caminando en justicia. Justicia significa rectitud moral. Si tiene que dar un vuelto, no da menos de lo que tiene que dar. Si está vendiendo manzanas y le piden una libra de manzanas, no va a poner una pesa falsa del otro lado que pese quince onzas en vez de diecisiete onzas. Amén. Si nos han confiado algo, vamos a cuidar de esa cosa que nos han confiado. Si esa cosa, estando en nuestra posesión, se arruina o se estropea, ¿qué hace una persona que camina rectamente? «Ay, mira, aquí está lo que me dijiste que te guardara.

Fíjate que mi perro lo mordió. Fíjate que se me cayó y le pasé la llanta del carro encima». ¿Qué hace una persona justa? «Lo que tú me diste se estropeó, pero fui, conseguí otro igual, nuevo, impecable, así como tú me lo diste; aquí lo tienes». Amén. Muchos cristianos no conectan una cosa con la otra y creen que espiritualidad es sentarse en una banca de iglesia dos horas a la semana. Y esa gente es la que alega porque son dos horas; ojalá fuera hora y media. Pero de ninguna manera conectan con espiritualidad una conducta moralmente recta. Otras personas creen que espiritualidad es misticismo: ahí estar, atreverse a pensar en unas cosas tan astrales, y creen que están siendo espirituales por eso, y de ninguna manera ve uno una conducta moralmente recta en las personas. Piden prestado y no pagan de regreso, sí, o prestan y cobran intereses. Ese tipo de cosas... ¿les hace sentido? Miren, espiritualidad no es algo que no se vea; pero yo digo que tengo espiritualidad... es lo que se ve. Espiritualidad es una conducta moralmente recta producto de una transformación interior. Amén, amén. Entonces, ¿cuánto... quiénes van a estar en casa? Dice: «¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas?». El que camina en justicia y habla lo recto... no solo lo hace, lo habla. Esa es su manera de conducirse. Es una persona que no puede concebir no hacer lo que se le pidió, cumplir con algo que se le pidió. Es una persona que si tiene que estar ahí ocho horas, está a las ocho horas, etcétera, amén. Y nadie lo está viendo, nadie lo tiene que estar viendo porque Dios está viendo, y esto es para Dios y genera tanto gozo el caminar de una manera moralmente recta, porque sabemos que el Señor nos está viendo y nadie más nos está viendo. Al rato nos están hasta juzgando, ¿verdad? Pero cuando es entre nosotros y Dios, genera tanto gozo y tanta gratitud el que camina en justicia y habla lo recto, el que aborrece la ganancia de violencias, ¿verdad?, esos negocios rarísimos en donde quién sabe qué cuántas barbaridades hicieron pero sacaron una buena ganancia, ¿verdad? Una persona justa no puede concebir poner sus manos en esa clase de ganancia. Okay. El que, eh... el que sacude sus manos para no recibir mordida... eso es cohecho, ajá. O sea, es una... no es que la persona se tenga que esforzar: «Ay, mira, es una tentación horrible, pero sé que no debo». No, eso es párvulos, pues. Está hablando de gente que no tiene que esforzarse por ser así. Está hablando de gente en la que ya se formó Cristo lo suficiente; simplemente no puede ser así, amén, amén. Ok. El que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus ojos y sus oídos para no oír propuestas sanguinarias: «Mira esa persona... ¿ya viste cómo se porta? ¿Por qué no le hacemos una buena...?». No hay nada, dice: el que cierra sus ojos para no ver cosa mala, éste habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan y sus aguas serán seguras. Tenemos un par de porciones paralelas en los Salmos. Estos salmos los conocen, son clásicos: el Salmo quince...

Salmo quince. Y está hablando precisamente de quiénes van a habitar en el monte de Sion. Salmo quince dice: «Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?». Es lo mismo que está hablando Isaías, nada más que Isaías no se está refiriendo a los pecadores que están en Sion y a los hipócritas; está hablando de los que sí caminan en rectitud. Amén. Ok, dice: «¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia»... otra vez, un caminar recto, ¿verdad? «Y habla verdad en su corazón». Miren, y hablar la verdad nos puede meter en problemas, pero usted déjese meter en problemas y, por hablar la verdad, el Señor va a estar allí a favor suyo librándolo, amén, amén. Pero a

veces, por no meternos en un problema, en alguno sale tan natural y tan espontánea una mentirilla, ¿verdad?, porque de esa manera salvan el pellejo. Y uno es el único que puede juzgarse a uno mismo e ir al Señor y decirle: «Señor, yo veo que todavía, todavía sale, y demasiado, demasiado espontáneo, ¿verdad?, el que yo me defienda diciendo lo que no es. Señor, necesito un poco de fuego ahí, Señor». Amén, amén. Y no tiene que ser el fuego de las pruebas. ¿Qué tal el fuego del Espíritu Santo? ¿Qué tal el fuego de la presencia de Dios cuando estamos, por ejemplo, aquí y estamos alabando a Dios con todo nuestro corazón? ¿Qué creen, que no es el mismo fuego? Por algo en el Padre Nuestro, al final, dice: «Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal». Señor, que no haya necesidad de pasar por el fuego de las pruebas; mejor me meto al fuego de tu Espíritu Santo y ahí ocúpate tú de lo que tiene que ser quemado en mi vida, ¿verdad? Ok. Verso tres: «El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni delante del prójimo ni detrás de las espaldas del prójimo, ni admite reproche alguno contra su vecino». Que alguien esté con habladurías, y con cosas, ¿verdad?, y con infamias y deshonras en contra de alguien. «Aquel a cuyos ojos el vil es menospreciado, pero honra a los que temen a Jehová. El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia»... y a veces uno da su palabra. «¿Me das tu palabra de que vas a hacer tal cosa?». Si dos minutos después uno descubre el verdadero tamaño de la cosa en la que uno se comprometió, y uno dice: «¡caramba!». Pero una persona justa da su palabra y dice: «ahora me aguanto, ya di mi palabra». Amén. Ok, ven. No está diciendo que en el monte de Sión van a estar los místicos o quién sabe qué clase de gente; en el monte de Sion va a estar la gente que caminó en rectitud moral, amén, porque se dejó ver por fuera la obra transformadora que Cristo hizo por dentro. «El que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia; quien su dinero no dio a usura, ni contra el inocente admitió soborno»... cohecho. «El que hace estas cosas, no resbalará jamás». O sea, encima de todo vamos a caminar seguros y firmes, sin temer nada ni a nadie en esta vida, amén, como nuestro dicho guatemalteco, ¿verdad?: el que nada debe, nada teme. ¿Cuál es el problema? Y eso viene cuando vivimos vidas moralmente rectas. Y el Salmo veinticuatro...

Salmo veinticuatro, verso uno. Salmo veinticuatro, desde el verso uno, dice: «De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan. Porque él la fundó sobre los mares, y la afirmó sobre los ríos. ¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño. Él recibirá bendición de Jehová, y justicia del Dios de salvación. Tal es la generación de los que le buscan, de los que buscan tu rostro, oh Dios de Jacob». Amén. Hermoso. Esa es la verdadera espiritualidad y eso es lo que va a ser nuestro boleto para el monte de Sión: una vida moralmente recta, amén, amén. Tremendo. Sí.

Entonces regresemos a Isaías treinta y tres, y esto nos ubica en el verso dieciocho para la última parte del capítulo. Gloria a Dios, amén. Dice: «Tu corazón imaginará el espanto, y dirá: ¿Qué del escriba? ¿Qué del pesador del tributo? ¿Y qué del que pone en lista las casas más insignes?». ¿De qué está hablando aquí? Está hablando de los asirios cuando ponían asedio a las ciudades y las convertían o... o cuando conquistaban un territorio, convertían en tributarias a las gentes y empezaban a cobrarles impuestos, o multas, o lo que fuera. Entonces dice: «Tu corazón imaginará el espanto, y dirá: ¿Qué del escriba?». O sea, ¿adónde

se fue el que estaba haciendo un recuento de las casas para ver con cuáles se quedaban ellos? «¿Qué del pesador del tributo?»... porque los asirios venían a buscar hacerlos tributarios. «¿Qué del que pone en lista las casas más insignes?»... y eran las primeras con las que se quedaban los conquistadores. «Y no verás a aquel pueblo orgulloso». Dios le está prometiendo al pueblo de Israel si lo buscan, por supuesto. Dice: si caminan en rectitud, si caminan en justicia, dice: «Ya no vas a ver más a los asirios; no verás a aquel pueblo orgulloso, pueblo de lengua difícil de entender, de lengua tartamuda que no comprendas». Dice: «Mira a Sion, ciudad de nuestras fiestas solemnes; tus ojos verán a Jerusalén, morada de quietud, tienda que no será desarmada, ni serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas será rota». Vuélvanse a Dios, y ya no van a tener que ocuparse y preocuparse de los asirios; ya solo van a tener sus ojos para ponerlos en Sion y para disfrutar de las fiestas solemnes y de la presencia de Dios en Sion. Porque ciertamente allí será Jehová para con nosotros fuerte lugar de ríos y arroyos muy anchos, por el cual no andará galera de remos, ni por él pasará gran nave; porque Jehová es nuestro juez, Jehová es nuestro legislador, Jehová es nuestro rey; él mismo nos salvará. Entonces habla otra vez de los asirios, dice: «Tus cuerdas se aflojaron, no afirmaron su mástil, ni tesaron la vela; se repartirá entonces botín de muchos despojos; los cojos arrebatarán el botín». Cuando Dios haya terminado con los asirios, hasta los cojos de Jerusalén van a poder salir a arrebatar el botín de la regazón que van a dejar allí por haber salido corriendo tan rápido, amén. «No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad». El pueblo que more en Sion, amén. Entonces ven: Dios habla de sus justos juicios y cómo necesita castigar. De paso, está hablando de la hipocresía de muchos que se llaman a sí mismos judíos y están en Jerusalén y en Sion, y nada que ver. Dios necesita exponer también su... su realidad, sí; y por el otro lado, Dios va a cuidar de aquellos que caminan con Dios, que caminan de una manera justa y recta. Todo eso va a hacer el Señor. Y si se vuelven a Dios cuando ven venir la calamidad, Dios va a intervenir y Dios les va a dar la victoria y ya no van a tener que preocuparse y ocuparse de los enemigos. Va, esa es, esa es la historia acá. Esta historia se va a volver a repetir, la misma historia, cuando sea la gran tribulación, pero Jesucristo venga en el momento preciso a destruir a los enemigos, amén, y a salvar a Sion y a Jerusalén y a establecer su reino sobre la tierra, amén. Tremendo. Sí, bueno, gracias a Dios. Démosle gracias al Señor. Gracias al Señor. Gracias al Señor. ¡Aleluya! Gracias, Padre. Como que vale la pena aprender a caminar en rectitud, ¿verdad?, y en justicia, y vale... o sea, miren los dividendos que paga el dejar que el fuego de Dios venga y nos transforme, y nos limpie, y nos convierta, y nos purifique. Gracias a Dios. Si viene a través de pruebas, qué bueno; si es por la presencia del Espíritu Santo moviéndose en nuestra vida, qué bueno... que sea como sea, amén, pero que el Señor nos libre de nuestra madera, heno y hojarasca y pueda encontrar en nosotros puro oro, plata y piedras preciosas. Amén. Gracias al Señor. Bueno, gloria a Dios. Vamos a ponernos en pie y vamos a darle a Dios toda, toda la gloria.

Padre Nuestro, te damos gracias una vez más por tu palabra, por instruirnos, por alumbrarnos, Señor, por exhortarnos, por ubicarnos. Padre, ayúdanos a atender la voz de Tus palabras. Señor, ayúdanos a responder; Padre, ayúdanos a dejar que el fuego de tu amor, de tu misericordia —aunque éste venga en forma de pruebas—, Señor, complete su obra en nosotros. Transfórmanos, conviértenos, confórmanos a imagen de Cristo. Ayúdanos a dejar

que sigas trabajando en nuestros corazones, en nuestra voluntad, en nuestra mente, en nuestras obras, en nuestros caminos. Sigue trabajando en nosotros y, Señor, conviértenos en personas, Señor, moralmente rectas, justas, que hablen verdad, que hagan verdad, Señor, de tal manera que seamos dignos, fieles embajadores tuyos, fieles embajadores del Reino de los cielos, fieles testigos tuyos con nuestra conducta, con nuestras elecciones, con nuestras acciones, con nuestras palabras, Señor. Bendito Dios, gracias porque todavía hay tiempo, aunque sabemos que no mucho. Sigue trabajando en nosotros, ayúdanos a aprovechar bien el tiempo que nos queda. Y gracias porque pudiste haber alcanzado al vecino de enfrente, a los vecinos de al lado; pero, Señor, en tu infinito amor decidiste alcanzarnos a nosotros. Ahora sigue perfeccionando tu obra en nosotros; te lo pedimos y, Señor, de todos modos te daremos toda la gloria y te daremos gracias en el nombre de Jesús. Amén, amén. Gracias, Señor. Gracias. Gracias, Señor. Bendito sea tu nombre. Bendito, bendito Señor. Gracias. Gracias, Padre. Gracias, Padre, en el nombre de Jesús, en el nombre de Jesús. Gracias, Señor. Gracias, gracias. Gracias, bendito Dios. Bendito Dios. Gracias, Señor. Aleluya. Gracias, Padre. Gracias, Padre. Santificado sea tu nombre. Santificado sea tu nombre. Gracias. Gracias. Gracias, Señor. Amén, amén. Gloria al Señor. Bueno, Señor los siga bendiciendo y hasta la vista.

**Estimado lector, si esta prédica fue de bendición para usted, no dude en compartirla y encontrar más prédicas maravillosas en el siguiente código QR. ¡Qué Jesucristo nuestro Señor le bendiga!**

